

Raíces psicológicas del montañismo

POR LUIS ESTRADA

Difícil, o tal vez imposible, resultaría descubrir la profunda motivación de las aficiones, de la vocación, de las preferencias o de los gustos, y aunque se barajan multitud de factores, hereditarios o adquiridos, ya en el llamado «útero social», que es el medio que rodea al recién nacido hasta que comienza a valerse por sí mismo, o posteriormente en el seno de la familia, colegio, ambiente rural o ciudadano, la esencia íntima de estos procesos psicológicos permanece desconocida. Y así sorprende la decidida vocación religiosa de unos, el espíritu aventurero y tenaz de otros, la codicia y afán de mando de muchos, la debilidad vacilante de alguno y el noble anhelo de superación de unos pocos. Muy rara vez aparece el hombre que lleva la impronta del genio. En la inmensa mayoría de los casos, el ser humano se contenta con caminar sin pretensiones, apenas esbozada su personalidad. Va por la vida desarrollando sus funciones mínimas para atender a sus necesidades perentorias. Trabaja.

Pero el trabajo no es la única de las actividades humanas. A su lado es posible que por encima estén las cualidades deportivas que, como dice Ortega y Gasset, son «aquellas que se añaden lujosamente a lo que es necesario e imprescindible». Sin duda, el hombre que, además de trabajar, hace deporte en el amplio sentido de la palabra (en este sentido no entra la asistencia a los partidos de fútbol), es un ser superior.

Si las actividades humanas se mueven alrededor de dos móviles, utilitario y deportivo, y si estos dos concurren felizmente en gran número de profesionales afortunados, forman legión los que, sujetos a un trabajo prosaico que les agobia, suspiran por una liberación que desgraciadamente no llega nunca. Y así, consumen los años de su vida raquítica torturados por la depresión, sin saber a dónde van o para qué nacieron.

Para muchos, yo diría que para todos, la liberación está en el cultivo de una afición, en la práctica de una actividad deportiva. Esta, lejos de agotarles, los vivifica, prestándoles nuevas energías espirituales e infundiéndoles un optimismo que aligera el peso de las horas rutinarias que se toman soportables porque la imaginación se ilusiona con proyectos y se hacen verdad las palabras del poeta, que dice... «no es triste el caminar, llevando un sueño en el alma y en los labios un cantar».

Extenso es el campo de las aficiones y grandes peligros encierra para el que no acierte a orientarse en su maraña y camine de una para otra sin detenerse resueltamente en ninguna. Esta dispersión de fuerzas suele serle

fatal y vuelve a su rutina descorazonado y sin ilusiones, perdida la esperanza de llenar las horas muertas con algo que deleite su espíritu y vigorice su voluntad. Son seres que, ya de vuelta, caen en la melancolía cuando no en la psicosis depresiva.

Una o dos aficiones decididamente estudiadas, organizadas con cierto cuidado y practicadas con toda la amplitud posible, son como pesas que mantienen el equilibrio de la balanza de la vida y de la salud física y mental.

De muchas aficiones podría hablarse y no terminaría nunca por decidir cuál entre todas es la mejor. Y es que la afición o «hobby» de los ingleses es una cuestión muy personal. Fotografía, pesca, caza, pintura, ajedrez, radio, por no citar más que algunas, cuentan con multitud de adeptos. La mía es la montaña.

La atracción por la montaña es algo muy íntimo, enraizado en los más profundos recovecos del espíritu. Es posible que sean multitud los que desde su ventana, miren a las cumbres lejanas con apetencia de conquista, pero no son muchos los que realmente sacuden su pereza y se deciden al ascenso y a la escalada, sin arredrarles el cansancio o el vértigo, animados por la magia que irradia la cima a la que se sienten atraídos irremediamente. Aire libre, naturaleza, prados, campo abierto, senderos escarpados, roca, maleza, olores vivificantes y sobre todo, el paisaje incomparable que se domina desde la altura, y el cielo sobre nosotros.

La montaña no está lejos y menos en nuestra región, que es brava, noble, aguerrida y sincera, porque es montañosa. Es muy fácil organizar una excursión dominguera para establecer los primeros contactos, y provistos de bastón, calzado más o menos apropiado y alimentos, lanzarse a la cumbre más modesta que se tenga a mano. La afición de estirpe ancestral que yace dormida en el subconsciente se despierta pronto y se desarrolla con intensidad progresivamente creciente. Primero es una mochila, después unas botas, más tarde una cocina de petróleo y una tienda de campaña, que completan el equipo montañero. Se sube un pico, después otro y ya resulta escasa una jornada, estableciéndose campamentos que proporcionan jornadas inolvidables.

Para mí, nada hay más sugestivo que una tienda montada en un valle abrigado, o al lado de un río, o al pie de una majada. Cuando llega la noche se enciende una hoguera que alumbrá caprichosamente los rostros de todos en derredor y allí en torno, aunados por el calor y por la amistad, es verdad lo que se piensa, agradable lo que se dice, puro lo que se siente, inmensamente libres bajo el cielo estrellado en la más soberbia soledad.